

que yo lo ordene, porque es allí en donde he de saber á quién pertenecía este barco, y avisar á los armadores. Antes de todo, echad esos cadáveres al agua, limpiad la sangre; y esos pedazos de carne humana engarzados en los escondrijos y grietas, extraedlos muy bien. Con el ardiente sol que hace, esto nos traería un olor insoportable. ¡Ea, despachaos!

Hasa entonces nadie había reparado en mí, ni me atrevía á presentarme voluntariamente, porque estaba dominado, agobiado, oprimido bajo el peso de los acontecimientos de aquel día. Me parecía todo aquello un sueño doloroso, que ofuscaba mis pensamientos, y me rendía, y me abatía, y me anonadaba. No: jamás he podido olvidar del todo aquel espectáculo, ni aquellas circunstancias, ni aquellos crímenes. . . . ¡Oh, Dios mío! Con un poco más de valor, de poder en el corazón, yo me hubiera salvado de los peligros posteriores. Fuí débil y pusilánime; y quedé vencido.

El primero que me vió, fué el italiano. Fijó en mí sus ojos azorados, y sin decir una palabra, acercóse al capitán, tocóle ligeramente el hombro, y en seguida me señaló. Frasquito siguió la dirección de la mano del contra-maestre, y su mirada cayó sobre mí, que la sentí como si un chorro de plomo derretido hubiera penetrado hasta la médula de mis huesos.

Fuéme imposible resistir: me desaté en lágrimas y sollozos, no ya por temor de la muerte, sino porque conocía que Refugio y yo volvíamos á quedar á disposición de aquel mónstruo, que me inspiraba ya un horror profundo é inexplicable.

—¡Regino mío! exclamó Frasquito. ¡Cómo!, ¿tú aquí, á bordo de este bergantín, muertos todos, tú vivo y solo? ¿En dónde está Refugio? ¿Qué habéis hecho en tanto tiempo?

Y con una expresión de infernal ternura, me echó los brazos al cuello. Díjele que allí estaba Refugio, en unión de una hermana suya. Voló á la cámara, y mandó prodigar socorros á las infelices, que estaban en ella encerradas.

—Comprendo, díjome Frasquito, comprendo. Me habéis vendido aquella noche, fugándoos á casa de Don Alvaro, y. . . .

—Juro á usted qué no. Más todavía: Refugio ignora si el señor que venía á bordo era su padre: todo lo he descubierto hoy mismo, en fuerza de los acontecimientos.

Referíle ligeramente lo que había ocurrido la noche en que nos separamos, y el partido que habíamos adoptado. Ocul-téle algunas particularidades, y terminó mi historia con la del ominoso día. Frasquito pareció dudar algo de mi relato; pero no me dijo ni una palabra más so-

bre el particular. Mandó, en seguida, que nos transbordásemos á su goleta, que no era otra que la antigua "Invisible" aparejada nuevamente, mientras que el poco resto de la tripulación se ocupaba en alijar de su carga al bergantín, que había quedado inservible de todo punto, según observó el italiano.

—¡Diablo! exclamó Frasquito. Es una lástima dejar que se pierda tan hermoso barco. En fin, ¡cómo ha de ser! Con su maldita resistencia, nos hemos quedado casi sin gente, cuando era más expedito y menos odioso haberse entregado á discreción, en cuyo caso nada, ni una sola gota de sangre hubiera corrido, porque en vez de fusilar ó degollar á esos infelices, me habría limitado á ahorcarlos á todos de las vergas y penoles. ¡Dios les pague la intención de querer hacernos daño! y lo han conseguido ¡voto va!, lo han conseguido.

Yo no me separaba del lado de las dos hermanas, que comprendieron, en fin, lo que pasaba. Refugio reconoció á Frasquito, y pareció tranquila. La infeliz Clemencia se hallaba sumida en la más deshecha y deplorable desolación, sin que mis palabras de consuelo fuesen parte á tranquilizarla ni á enjugar sus lágrimas. Cada vez que aquellos brutales piratas pasaban junto á ellas, las miraban con ojos satíricos, de una manera que me horrori-

zaba. Me decidí á tomar algún refrigerio, porque eran ya las cinco de la tarde, y desde el café con que habíamos hecho nuestro desayuno, nada había probado en todo el día. Las niñas tomaron agua con algunas gotas de vino.

En toda la noche estuvo ocupada la tripulación. A la mañana siguiente, se pegaron seis barrenos al roto y desmantelado "Jovial," y á nuestra vista se fué á pique, sin quedar de él el más ligero vestigio. Hizose á la vela la "Invisible," y tomamos al rumbo del sur.

Aquel mismo día nos refirió algunas particularidades Frasquito, y supimos que Carlota estaba en Providencia, en donde debíamos volver á vela. Antes de arribar á nuestro destino, hubo otra presa. Era un buque catalán: entregóse sin resistencia, y en efecto no corrió sangre, porque Frasquito se contentó con mandar echar al agua á la infeliz tripulación, que se ahogó toda á nuestra vista. En aquel momento estaba indignado contra mí mismo, porque el suceso no me había inspirado todo el horror que debía esperar.

Aportamos, al cabo de siete días, á Providencia. La "Invisible" entró de día. Desembarcó todo su cargamento, el cual quedó depositado en ciertos almacenes de la propiedad de un holandés, con quien se entendía Frasquito. Fuimos á casa de Carlota, quien, al vernos, se sorprendió

extraordinariamente. Mas á los pocos días Frasquito, el italiano, las tres hermanas y yo, vivíamos con la mejor armonía del mundo. Fuese resignación ó corazón malo y corrompido, lo cierto es que yo estaba muy bien; y olvidándome de los pasados horrores, me entregué á los placeres con el mayor desenfreno. Asociéme con una multitud de mancebos aventureros que había allí; y patria, y recuerdos, y propósitos, y todo quedó borrado de mi memoria, para disfrutar de la vida presente. ¡Perdón, Antonio mío, perdón! Yo no puedo fijar la consideración sobre estos sucesos, sin experimentar los más vivos remordimientos, y la más profunda vergüenza.

A poco tiempo salimos á la mar, quedando las tres hermanas en tierra. Frasquito me había asociado á su especulación, ofreciéndome el tercer lugar en el mando de la "Invisible." Una vez malograda la oportunidad de haber vuelto á la vida social, y reconciliarme con el género humano, me ratifiqué de nuevo en mis antiguos propósitos, y no vacilé en aceptar el partido que se me ofreció. Así fué que, siguiendo la suerte y el destino de Frasquito, me convertí en pirata; y fuí un pirata tan malvado y atroz, como pudieran serlo un berberisco ó turco de los más encarnizados.

Hablaré de este mi primer viaje, por-

que en él ocurrió un suceso que me hizo extraordinaria impresión. Es referente á Frasquito.

Después de haber tomado ciertos informes en Walix, fuimos á fondear en un placer de arena, que media entre la costa occidental de la isla de Cozumel y la tierra firme de Yucatán. Aquel había de ser el paso indispensable de algunas embarcaciones que hacían viaje á Jamaica, buscando el abrigo contra los vientos, y más principalmente contra los corsarios y piratas que recorrían el mar en todas direcciones en demanda de ricas presas. No aguardamos en vano: á los dos día apareció enfilando aquel estrecho un lindo y pequeño pailebot, que á todo trapo se dirigía hacia donde la "Invisible," justificando su nombre, se hallaba oculta en una reducida ensenada. Mas de improviso, habiéndonos observado sin duda á pesar de nuestras precauciones, acortó primero sus velas, y luego se puso en facha. Frasquito dió orden de cubrir los portalones y echar pecho en cubierta, á fin de que, si fuésemos vistos, la gente del pailebot al notar la poca tripulación y la ninguna apariencia de buque armado, creyese que no éramos sospechosos. El pailebot, después de mantenerse algún tiempo en facha, marinó, y con el foque y la mayor con cuatro rizos tomados, comenzó á aproximárenos muy lentamen-

te. Ya era un hecho indudable que había descubierto á la "Invisible," y venía recatándose. Apenas estaría á tiro de cañón, cuando virando súbitamente en redondo, nos dió la popa, y echó á huir largando todas sus velas.

—¡Maldición!, gritó Frasquito, lanzando á gran distancia en anteojo con que observaba. ¡Maldición! Vamos á perder esta presa, y todas cuantas pudieran venir á caer aquí. Este condenado pailebot nos va á delatar, y nadie, en lo sucesivo, querrá pasar por dentro, sino por la costa oriental de la isla. Pero no, ¡voto á tal! No es así como han de burlarse de un guapo, que sabe su obligación mejor que ninguno. ¡Ea! exclamó en seguida, empuñando la bocina. Vivos: larga velas, y leva ancla.

En dos minutos volaba ya la "Invisible" en persecución del pailebot. A las dos horas de una marcha forzando velas, nos habíamos aproximado bastante á la presa, aunque no lo suficiente para comenzar á batirla. Cuando más empeñados estábamos dándole caza, vimos con sorpresa que aferrando sus velas, había quedado al pantoque.

—¡Fondo! ¡fondo! exclamó Frasquito. ¡Vive Dios que estamos entre bajos y arrecifes, y nos llevan los demonios por causa de este infame pailebot! ¡Aferra, aferra, luego, luego, que el viento carga!

Echamos efectivamente el ancla, y á buen tiempo, porque á poco habríamos caído en una cola de bajos, que veíamos velar á flor de agua. Luego que las amarras nos aseguraron que estábamos libres de aquel peligro, Frasquito continuó:

—No por eso se librarán menos, no. Se los ofrezco en nombre del Santo Cristo del Buen viaje, que se venera en Veracruz. ¡Vamos!, bota lancha al agua, pronto, aunque sea preciso cortar las bozas. Vengan seis remeros vigorosos, y seis más de respeto, con sus respectivas armas. ¡Ea! embarcarse. Usted, nuestro amo Genaro, quédese mandando á bordo, y que venga Regino. ¡Pícaros! ¡Haber arrastrado á la "Invisible," el barco más fino del mundo, hasta estos bajos y arrecifes! ¡Tienen conciencia estos malvados! Ya me la pagarán.

Embarcámonos en la lancha, y comenzamos á remar hacia el pailebot, que había barado, y que hacía increíbles esfuerzos para salir de aquel conflicto. Remábamos sin cesar, y antes de media hora estábamos á tiro de fusil. Los del pailebot nos examinaban sin cesar, y daban muestras del mayor sobresalto.

—¡Preparen!, dijo Frasquito. ¡Preparen, y al primero que asome sobre la obra muerta, fuego!

Nada: ya que estábamos muy próximos, asomóse un marinero viejo, es decir,

como de cincuenta y cinco años de edad, y nos gritó:

—¡En nombre del cielo, si sois corsarios, venid, apoderaos del barco, y no cometáis ninguna violencia. Nadie piensa en resistiros!

—¡Corsarios!, contestó Frasquito. ¡Ya! ¡Bonitos somos nosotros para meternos á corsarios! No, señor: nosotros somos piratas, y la prueba es que vais á morir. ¡Fuego, muchachos!

Y partieron seis tiros á quema-ropa.

Desapareció por un momento la fisonomía del marinero detrás de aquella nube espesa de humo; pero al desvanecerse, en vez de haber huído aquel valiente, ó quedándose muerto en el sitio, apareció firme en su puesto, dejando brillar dos ojos relucientes que fueron á clavarse sobre los de Frasquito.

—¡Dios mío!, gritó éste súbitamente á los remeros, ¡ciad, ciad luego, por Dios...!

Los marineros, azorados, habían vacilado un instante. En seguida hicieron retroceder la lancha.

Yo no sé qué especie de terror experimenté en aquel extraño movimiento. Miré á Frasquito, y lo ví pálido, humilde y tembloroso. Los ojos de aquel marinero estaban ejerciendo sobre él una fascinación inexplicable.

—¡Rendid las armas y acercaos!, dijo con voz tronante el marinero misterioso,

sin separar su altiva y sombría mirada de los ojos de Frasquito. ¿No oís, asesinos? ¡Rendid las armas os mando!

Todos se convirtieron á Frasquito, como para consultarle lo que debía hacerse. Estaba á punto de espirar, sobrecogido de un pavor vehemente é intenso. Temblaba como la hoja en el árbol.

—¡Sí!, murmuró entre dientes. Es preciso, porque él lo manda. Remad, y acerquémonos.

Durante esta ligera escena, los marineros del pailebot se habían incorporado para presenciara. Nos tiraron un cable, y el marinero viejo dió á Frasquito la mano para entrar á bordo. Quedóse algún tiempo examinando su fisonomía, mientras que Frasquito, con los ojos bajos y el semblante abatido, ordenó que se entregasen las armas. La verdad, me pareció aquello tan arriesgado, y temí tanto el caer prisionero de aquella tan singular manera, que al notar que nuestra gente se disgustaba de aquella ocurrencia, hice un esfuerzo, y dije con firmeza y serenidad.

—Mi capitán, si usted tiene algún motivo particular para proceder como lo hace, esta gente y yo, que no lo tenemos, hemos resuelto no obedecerle, sino cuando salga de la maligna influencia bajo la cual se encuentra. Entretanto, aquí permanecemos en la lancha, y le esperaremos por media hora. Pasado este tiempo,

yo obraré como convenga. ¡Ea!, exclamé dirigiendo mi voz á la gente: aquí no se obedece á nadie sino á mí, hasta que hallamos recuperado al capitán.

—Sí, sí: contestaron todos. No nos rendimos sino al aire, ó sobre el agua.

—¡Regino! Tú provocas á estos á la insubordinación: me dijo Frasquito notablemente alterado.

—No, mi capitán, repuse yo. No: se trata de no entregarnos prisioneros, para que no nos ahorquen. ¿Halla usted justo sacrificar estas vidas, sin defenderlas? No; y despache usted pronto, que el tiempo corre.

—Sí, sí, pronto: repitieron nuestros marineros.

—¡Regino! Yo te lo mando: obedece. Gritó Frasquito.

—No obedezco, mi capitán. Usted puede reembarcarse en la lancha ahora mismo, tomar el mando de ella, y disponer que se me ahorque por mi falta de subordinación; pero mientras esté usted en poder de ese hombre, le considero sin libertad, y por tanto, creo hacer á usted y á la tripulación de la "Invisible" un servicio importante, rehusando, como formalmente rehuso, obedecer sus órdenes.

—Vamos de aquí, dijo el marinero viejo, llevándose á Frasquito.

Antes de la media hora se presentó éste, con el semblante sombrío y desenca-

jado. Embarcóse en la lancha, tomó la caña del timón, y mandó á los remeros que encaminasen la pequeña embarcación hacia el sitio en que se hallaba fondeada la "Invisible." Al cabo de algún tiempo, se dirigió á mí, y tomando una de mis manos, me la estrechó con la mayor cordialidad.

—Bien, Regino, muy bien. Te has portado hoy como un valiente. Y vosotros, continuó dirigiéndose á la gente, obrásteis como se debe. ¡Eh! Olvidemos, por Dios, lo que ha pasado. ¿Me prometéis guardar el más profundo silencio acerca de la escena extraña que acabáis de presenciar?

—Sí, mi capitán, respondimos todos.

—Yo confío en vuestra promesa; pero yo quiero además que me lo juréis.

—Sí, sí, lo juramos.

—Bueno: pues yo en uso de mi autoridad, impongo pena de la vida, oído bien, pena de la vida al primero que viole el juramento solemne que habéis prestado.

—Justo, muy justo, contestamos todos á una, deseando respetar religiosamente aquel misterio.

Esperábamos con ansia indecible el resto del equipaje. Con el antejo habían visto desde á bordo de la "Invisible" los movimientos de nuestra lancha al costado del pailebot, y cuando esperaban, una

refriega, nos vieron volver pacíficamente. Yo no sabía cómo el capitán satisfaría la curiosidad de todos, cuando fuese preciso dar alguna explicación del lance. Sin embargo, dióla tan natural y sencilla, que todos quedaron contentos, y aun celebrando la ocurrencia.

—¡Diablo! exclamó. Figuraos..... ya se ve.... ¿quién había de sospechar? Figuraos que el tal pailebot es cofrade, es un pirata; pero ¡qué pirata! Hace tres meses que está de vuelta y vuelta, y no ha podido apresar sino un mal hongo cargado de cal y sal, que para nada sirven. ¡Hágame usted el favor! ¡Cal y sal! Y luego... cuatro hombres de tripulación..., sin papeles..., sin patente..., sin nada para salir de un apuro. ¡Pobres diablos! Nos ven, ¡Usted dirá!, nos ven en acecho, y dan en la flor de creer que somos algún buque de la escuadra de S. M. C. Echan á huir.... y ¡ya se ve!, nosotros hemos seguido sus aguas, porque era de nuestro deber. Se meten en aquel placer de bajos... baran... y por poco no nos llevan todos los demonios por su causa. ¡Eh! ya les he dado un buen consejo, y los he despachado con Satanás, para que no vuelvan por este rumbo.... ¡Ved! la marea ha crecido... ya el pailebot puede flotar... y se hace á la vela... ¡Buen viaje!

En efecto era así. A las dos horas de

habernos separado del pailebot, desapareció por el rumbo del norte.

Nunca he podido averiguar después el misterioso influjo de aquel marinero sobre el capitán. Acaso tendría alguna explicación acerca de esto con nuestro amo Genaro. Por lo que hace á mí, jamás me dijo en lo sucesivo una sola palabra con relacion á tan extraña entrevista. (1)

.....
.....

Voy á concluir mis memorias. Hartos sucesos infames y repugnantes he consignado en ellas; pero esto nada tiene de extraño. Mi vida ha sido un tejido de crímenes horrorosos. Víctima sucesivamente de las tres hermanas, seducidas y corrompidas por mi ángel malo el capitán Frasquito: encenegado en los inmundos placeres de un amor triplemente incestuoso, tarde he recibido un triste des-

(1) Vuelve aquí á interrumpirse la cartera de Regino. Catorce fojas aparecen totalmente ilegibles, en fuerza de hallarse testadas todas las líneas, sin que haya podido descifrarse sino una ú otra palabra aislada y sin sentido. Todavía no se ha averiguado si de esta manera entregó Regino su cartera á Antonio, ó cuando éste se la remitió á Manuel se inutilizaron aquellas fojas. Nos inclinamos á creer lo último.

engaño, á saber, que yo era el juguete del capitán y de sus tres mancebas. Sueños de gloria y de amor... ¡ todos se disiparon!

Durante la última expedición que hice á la costa de Veracruz, en unión de nuestro amo Genaro, Frasquito habíase quedado en Walix, en donde hacía dos años y medio que vivía toda nuestra familia. Mis expediciones marítimas solían durar tres y cuatro meses; y en todo ese tiempo, Frasquito corría los mares, á mi entender, en otras direcciones. Acabábase de hacer una presa, y el cansancio me había rendido. Hallábame echado en mi camarote, medio ebrio, y medio febril. Hacía algún tiempo que mi cuerpo se cubría de ciertas manchas rojizas, que me tenían en continuo sobresalto; pero en aquel día, además de esa extraña erupción, sentía en todos los huesos y articulaciones un dolor infernal. Quejábame con angustia cuando entró nuestro amo Chiabrera.

—¿Tú sufres mucho?, me preguntó.

—¡ Oh, muchísimo! No hay duda, yo tengo alguna extraña enfermedad, sin atinar la causa de ella.

—Sin embargo, á mí me parece muy sencilla.

—¿Sencilla, dice usted? Yo no lo comprendo.

—Dime, á pesar de tu preocupación:

luego que llegamos á Walix en el viaje anterior, ¿qué observaste en la fisonomía de Refugio, que todavía es tu predilecta entre ellas?

—Yo... sí... es verdad. Su cara, á pesar de sus facciones agradables, tenía algo de mórbida, de mustia, de convulsiva, que... que...

—Que revelaba enfermedades precoces. ¿No es esto?

—Justamente: que revelaba enfermedades precoces.

—Bien: allí tienes el misterio de tu enfermedad.

—¡ Dios eterno!, ¿qué está usted diciendo?

—¡ Qué estoy diciendo! Pues, hijo mío, esto es muy claro.

—Pero esas enfermedades á que usted intenta aludir, se contraen por contagio.

—Por lo menos yo así lo creo también.

—Y ¿entonces?

—Entonces, todo está explicado, criatura de Dios.

—Pues, señor, no le comprendo. Si usted no habla más categóricamente, es inútil prolongar la conversación sobre este odioso asunto.

—¿Tú lo quieres?

—Sí se le ruego á usted.

—Bien: pues has de saber que Frasqui-

to adolece, mucho tiempo ha, de una asquerosa enfermedad.... y...

—Pero Refugio....

—Refugio, es una de las muchas víctimas sacrificadas á su lascivia. Frasquito es un oso, un sátiro, un demonio....

—¡Ah! todo estaba ya claro para mí. Yo había sido miserablemente burlado por aquella infame pandilla. Lloré de despecho y de furor, y en aquel momento juré vengarme de todos mis enemigos, exterminarlos, y hacer con ellos un sangriento ejemplar. ¡Santo Dios! Aquel malvado, aquel odioso capitán, habíame sumergido en un abismo de crímenes, para hacerme la criatura más desgraciada. ¡Ah! esos lloros y lamentos no eran, sin embargo, efecto de los gritos de mi conciencia, no eran los remordimientos, no. Sólo veía mi amor propio ofendido, burlado, escarnecido vilmente... y... ¡qué sé yo! Era un tigre sediento de sangre y de matanza.

Todos estos siniestros pensamientos cruzaban en lo interior de mi alma. Para acertar mejor en los medios de venganza resolví callarlos, y no revelar cosa alguna á nuestro amo Genaro. Marinamos, pues, para Walix... aportamos... y Frasquito y las tres hermanas habían desaparecido. Nuestro amo me dijo que no me alarmase, que esperase unos días, pues Frasquito y sus cómplices habían par-

tido á Jamaica á realizar la venta de ciertos sobornales de añil y grana que habíamos robado en la mar, un año antes. Aparaté conformarme con aquella explicación, y guardé silencio.

A la noche siguiente partí para Jamaica en un buque inglés. Tomé informes al llegar, y supe que Frasquito se había dirigido á Nueva-Orleans. Volé en persecución suya... y nada pude conseguir: en aquella vasta población me desorienté, y perdí la huella de los fugitivos.

Entonces comencé á sentir todo lo horroroso de mi situación anómala y singular. Caí enfermo gravemente, y durante esta enfermedad, que los médicos calificaron de venérea, agoté todos mis recursos. ¡No tenía, sin embargo, motivos para quejarme! Todo lo que yo poseía era robado. Enfermo y miserable, triste, abatido y débil, aconsejaronme unas buenas gentes que viniese á Campeche á mudar de temperamento. Vacilé algunos días porque me era duro renunciar á mis sentimientos de odio, y á mis proyectos de venganza... pero en fin, mi ánimo estaba tan decaído, que adopté aquel partido con la misma indiferencia con que habría adoptado cualquier otro.

Llegué á Campeche.... caí malo, muy malo, de un acceso de vómito.... y me hicieron la caridad de enviarme al hospital de San Juan de Dios. A los pocos

días me restablecí; pero quedé tan extenuado, que inspiraba lástima y compasión á todo el mundo: los encargados de la casa no tuvieron valor para lanzarme á la calle, y permanecí en aquel santo establecimiento, llorando mis culpas, los crímenes de mi vida pasada, y arrastrando mi triste existencia por aquellos vastos corredores. Yo notaba que el médico me examinaba con asiduidad, que algunos dependientes me esquivaban, y que los alimentos me los servían en loza separada. ¡Dios mío! Un practicante me había dicho yo no sé que palabras misteriosas sobre cierto hospital de San Lázaro, en que se daba acogida, y se encerraba para siempre á los leprosos. Yo temblaba de pavor al escuchar estas especies vagas. Siniestros presentimientos me asaltaban. Soñaba en horribles mónstruos y en fantasmas vanos, y veía espectros malignos que me llenaban de terror.

Quise fugarme de San Juan de Dios. ¡Imposible! Pedí licencia para salir. ¡Me fué negada!

Una tarde... ¡qué tarde!, ¡Dios mío, qué tarde!... me trajeron con engaño á este hospital. ¡Yo estaba completamente lazarino!! ¡Lazarino para siempre!!



CARTA X.

ANTONIO A MANUEL

San Lázaro, 17 de Abril de 1824.

Querido mío. Bien recordarás, sin duda, que una de las más fuertes impresiones que recibí cuando á esta casa llegué, desterrado para siempre de la vista y cuidado de mis padres y amigos, fué la fatídica exclamación de aquel pobre lazarino que, al pasar junto á mí, me señaló á los demás enfermos con aire sombrío diciéndome, de una manera que me heló de espanto: "¡Mire usted los estragos que causa el vicio!" Pues bien: ni la verdad y justicia de la observación, á lo menos respecto de mí: ni el sentimiento de piedad que inspira la situación de un prójimo condenado á sufrir la muerte lenta y penosa de los leprosos: ni la iden-